

— ¡Cómo no! — exclamó miss Tox. Estoy segura de que lo va á hacer así.

Sin embargo, la pobre Polly estaba profundamente triste al abrazar á todos los suyos uno á uno y finalmente se escapó de la habitación por no enterecerse más y no hacer llorar á sus hijos. Pero no le salió bien la retirada, porque uno de sus chicos, el más pequeño, salió detrás de ella, subiendo por la escalera á cuatro patas, mientras que el mayor (llamado en la familia, Biler, en recuerdo de la máquina de vapor de este mismo nombre) pataleaba hecho un demonio para manifestar expresivamente su disgusto : pataleo que fué imitado pronto por toda la familia.

En fuerza de distribuir naranjas y monedas de cobre, peniques y medios peniques, se aplacó la irritación de los pequeños Toodle, y toda la familia se marchó, reexpedida á su casa en el mismo coche que la había traído. Los chicos se sentaron junto á las ventanillas, bajo la guardia de Jemima. En cuanto á Toodle, el padre, prefirió subirse de pie á la trasera y hacer el viaje de este modo, que entraba más en sus costumbres.

### CAPÍTULO III

EN EL QUE SE TRATA DE MÍSTER DOMBEY COMO HOMBRE, COMO PADRE DE FAMILIA Y COMO MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN DE SU CASA.

Las exequias de la difunta señora fueron « celebradas » á entera satisfacción del empresario y de los vecinos, gentes, estos últimos, capaces de criticar las más pequeñas cosas, ó censurar las más insignificantes omisiones ú olvidos de tales ceremonias. Los diferentes individuos de la casa Dombey tornaron á sus puestos en sus respectivos servicios domésticos. Este pequeño mundo, contenido de puertas á dentro, lo mismo que el otro mundo grande, de puertas á fuera, olvida con facilidad á los que se mueren. « Era una buena señora », dijo la cocinera en honor de la muerta. « Todos tenemos que pasar por ese trance », dijo el ama de gobierno. « ¡Quién lo hubiera creído! » exclamó la doncella. « Es lo mismo que un sueño », observó el ayuda de cámara. Y cuando se acabó el repertorio estuvieron todos de acuerdo en reconocer que el luto duraba demasiado.

En cuanto á Richards, la nodriza, estaba relegada á un piso alto, en honrosa cautividad, y su nueva vida le parecía como un amanecer frío y triste. La casa de

mister Dombey era muy grande y estaba situada en una calle sombría, en el barrio tan elegante como retirado que se comprende entre Portland-place y Bryanstone-square. Hacia esquina con chaflán entre las fachadas y las aceras, por una y otra calle se abría una especie de foso al que daban vista los sótanos y que se cerraba por una verja á manera de barandilla. Las ventanas que recibían luz por este foso tenían gruesas rejas y correspondían á los pasillos por donde se entraba á las bodegas. Realmente era una casa lúgubre. Por detrás tenía una rotonda con una serie de habitaciones que daban á un patio á modo de jardín, en el que sólo había dos árboles de ramas descarnadas y negras, cuyas hojas abarquilladas y secas por el humo chirriaban al empuje del viento. El sol no se dejaba ver en la calle más que en la estación de verano, al medio día y de pasada : con el sol aparecían los ropavejeros, aguadores, vendedores de tiestos, componedores de paraguas y el indispensable relojero que anuncia su paso con el campanilleo de una torrecilla portátil. Despediase el sol para no volver hasta el siguiente día y entonces se dejaban ver por la calle los pobres que piden limosna cantando, los otros pobres que exhiben monigotes, los que exhiben ratas amaestradas, los que pasan tocando el organillo. Por último, á la caída de la tarde tocaba el turno á los cocineros, que salían por una y otra parte hasta las puertas á tomar el aire, cuando sus amos no comían en casa y luego, ya de noche, surgía el farolero que iba encendiendo el gas sin que por eso se viera claro por la calle.

Tan oscura era la casa de mister Dombey por dentro como por fuera. Acabados los funerales de la señora mandó mister Dombey que se pusieran fundas

á las sillas, que se cubrieran todos los muebles—probablemente á fin de que se conservaran mejor para su hijo á quien asociaba en todos sus planes—y desguarneció todas las habitaciones, excepto las que reservó para sí en el piso bajo. En consecuencia, tomaron formas misteriosas las mesas y las sillas, puestas sin orden ni concierto en medio de los cuartos, tapadas con aquellas mortajas. Los tiradores de las campanillas, las cortinas, los espejos envueltos en periódicos, semanarios y diarios, dejaban ver fragmentos de noticias de asesinatos espantosos, de muertes repentinas. Las arañas y candelabros, cubiertos con sus fundas de hilo crudo, parecían monstruosas lágrimas que caían gota á gota del techo. Por las chimeneas salía un aire húmedo y frío, como de bóvedas y sótanos. La difunta y enterrada señora daba miedo en aquellos retratos suyos, de marcos protegidos con trapos. Á poco que soplara el viento daban vueltas en remolino las pajas que en un patio medianero, en un rincón junto á la cuadra, se habían recogido, y eran restos de aquellas que durante la enfermedad se habían echado por el suelo, para impedir el ruido. Aquellos residuos de paja medio podrida, parecían impulsados por invisible fuerza hasta la pared frente á la casa de mister Dombey, donde se detenían como para recordar, con elocuencia triste, la pasada desgracia.

Las habitaciones que mister Dombey se había reservado daban al corredor de entrada y consistían en un gabinete, la biblioteca, convertida en cuarto tocador, que, de tal modo que al olor del papel, del tafiote y de la piel de Rusia se unía el de varios pares de botas : luego se pasaba á una pequeña galería de cristales que servía de comedor y desde la cual se

veían los mencionados árboles del patio y algunos gatos que generalmente por allí merodeaban. Estas tres habitaciones se comunicaban, pudiéndose pasar de una á otra. Por la mañana, después que mister Dombey tomaba el desayuno en cualquiera de las dos primeras, ó bien á la hora de merendar ó á la de comer, llamaba á la nodriza, la cual se presentaba inmediatamente en la galería con su niño. El ama veía siempre á mister Dombey sentado á bastante distancia, en una semi-oscuridad y como tratando de distinguir al niño en medio de los trastos de la habitación ennegrecidos por el tiempo: conviene saber, en efecto, que en aquella casa había vivido durante muchos años el padre del actual mister Dombey y que en muchos conceptos estaba en la edad antigua y era desagradable. Así, la nodriza empezaba á considerar á mister Dombey como una especie de preso recluído en su celda ó como una oposición misteriosa á la que de ningún modo había que acercarse, ni tampoco tratar de conocer indiscretamente.

El pequeño Pablo Dombey y su ama hacían tranquilamente esta vida y así llevaban ya muchas semanas. Un día, acababa el ama de subir la escalera, después de un paseo, triste como todos, por las sombrías habitaciones de la casa, porque á la calle no salía nunca sin mistress Chick, la cual, generalmente acompañada de miss Tox, solía venir en busca del ama, por la mañana, si el día estaba bueno: y entonces se daban un paseo, que consistía en desfilarse por las aceras á paso de ceremonia fúnebre. Pues bien: ese día no había salido el ama y ya estaba retirada en su cuarto cuando se abrió la puerta de éste y dulcemente apareció una niña de ojos negros.

— Es la señorita Florencia que vendrá de casa de

su tia; — pensó el ama que aún no había visto á la niña. — Me alegro de ver á usted bien, señorita.

— ¿Es este mi hermano? — preguntó la niña señalando con el dedo al pequeñuelo.

— Sí, queridita; — contestó el ama, — acérquese á darle un besito.

Pero la niña no se movió de donde estaba y quieta, mirando fijamente al ama, le dijo:

— ¿Qué ha hecho usted de mamá?

— ¡Dios mío, qué pregunta!, — contestó el ama: — ¡Qué pregunta más triste! ¿Qué he hecho yo de mamá? Nada, yo no he hecho nada, señorita.

— ¿Entonces qué han hecho de mamá? — repitió la niña.

— No he visto en mi vida una cosa más conmovedora; — dijo el ama que naturalmente pensó en sus propios hijos y en que uno de estos pudiera hacer semejante pregunta. — Acérquese usted, queridita mía y no tenga miedo de mí.

— Yo no tengo miedo de usted; — contestó la niña acercándose. — Pero quiero saber qué han hecho de mamá.

— Hijita mía, — dijo el ama, — ese traje negro que usted viste es en recuerdo de mamá.

— Yo me acordaré de mamá; — contestó rápidamente la niña, casi llorando, — con cualquier traje.

— Sí; pero es costumbre el llevar trajes negros en memoria de las personas que se han ido.

— ¿Que se han ido? — preguntó la niña. — « ¿Á dónde?

— ¡Vaya! siéntese aquí á mi lado; — dijo el ama, — voy á contarle un cuentecito.

Comprendiendo la niña que aquel cuento iba encaminado á explicarla lo que tanto había preguntado, dejó

su sombrero, que tenía en la mano, se sentó en una banquetilla, á los pies de la nodriza y, con los ojos fijos en la cara de ésta, se dispuso á escuchar el relato.

— Pues señor; — dijo el ama comenzando su cuento, — érase una señora, una señora muy buena, que tenía una hijita y esta hijita quería mucho á su madre.

— Una señora muy buena... y su hijita la quería mucho; — repitió la niña.

— Y esta señora buena, quiso Dios que cayera enferma, y estando enferma se murió.

La niñita temblaba.

— Se murió, para nunca jamás volver á este mundo. Y la enterraron en la tierra donde crecen los árboles. »

— ¿En la tierra fría? — dijo la niñita temblando otra vez y más fuerte.

— No; no en la tierra fría: en la tierra caliente; — dijo la nodriza comprendiendo que tomaba una posición ventajosa, «en la tierra caliente en la que se echan las semillas de donde nacen las más bonitas flores, en la tierra donde nace la hierba, donde se cria el trigo y todo lo demás que conocemos: donde los que son buenos se convierten en luminosos ángeles para volar al cielo!»

La niña levantó la cabeza, que había inclinado, y miró fijamente al ama.

— Así es; — añadió la nodriza con cierto temor de que la mirada de la niña escudriñase su pensamiento y resultara inútil el esfuerzo por consolarla. Pero el buen éxito hasta entonces logrado la infundió nuevos ánimos.— Así es. Y cuando la señora murió, desde el sitio donde la pusieron subió al cielo y se fué junto á

Dios y le pidió, le suplicó — y diciendo esto la nodriza se emocionaba cada vez más, verdaderamente conmovida; — que pues estaba ya en el cielo se lo hiciera saber á su hija y la dijese además, en lo más hondo del corazón, que la quería siempre, siempre y que tuviera la esperanza, durante su vida, toda su vida, de que un día iría á juntarse con su madre, para no separarse ya nunca... nunca...

— ¡Mamá... es mamá! — exclamó la niña precipitándose al cuello del ama y abrazándola.

— ... el corazón de la niñita; — continuó el ama abrazando á Florencia y sujetándola contra su pecho.

— El corazón de la niñita tenía tanta fe, que al escuchar estas palabras, dichas por una simple nodriza que apenas sabe referir, pero que también era madre, una pobre madre, la niñita sintió un poco de consuelo y ya no se vió sola ni abandonada, y lloró en el seno del ama, acariciando al pequeñito que tenía sobre sus rodillas y... y se acabó, se acabó... — dijo la nodriza pasando su mano por entre los rizos de Florencia y sollozando... — ¡se acabó, pobrecita mía!

— Muy bien, está muy bien, señorita Florencia... contento se va á poner papá cuando lo sepa; — exclamó una voz desde la puerta, precediendo á una joven, una niñera de algunos catorce años, pequeña de estatura, morena de rostro, la nariz remangada y los ojos negros como el ébano. — Está bien; precisamente le está á usted prohibido venir á molestar al ama.

— No; no me molesta; — contestó la nodriza, — al contrario, me gustan mucho los niños.

— Dispense usted, señora Richards, eso no significa nada; — repuso la muchacha morena, — también á mí me gustan los rábanos y no los tomo con el te.

— Bien, ¿y qué importa esto? — dijo el ama.

— ¡Cómo si importa! ¡Ahí es nada! — contestó la muchacha con tono áspero. — Sírvase usted notar, de una vez para siempre, que si usted tiene que cuidar del señorito Pablo, quien tiene que cuidar de la señorita Florencia, soy yo.

— Está bien; pero no veo en esto un motivo para que nos incomodemos; — repuso el ama.

— ¡Oh! no, señora Richards; — añadió la joven malgenio; — no veo la necesidad de incomodarnos; ni vale la pena, sobre todo, si se considera que mi cargo para con la señorita Florencia es permanente, mientras que el de usted para con el señorito Pablo es temporal únicamente. » La malgenio no se andaba por las ramas: espetaba lo que tenía que decir sin pararse en contemplaciones.

— Supongo que la señorita Florencia acaba de llegar, ¿no es así? — preguntó el ama.

— Sí, señora, no ha hecho más que entrar — repuso la niñera. — ¡Cómo! señorita Florencia, hace quince minutos que está usted en casa y ya se ha tiznado usted la cara con el hermoso traje de luto que la señora Richards lleva por la mamá de usted?

Después de esta gran reprensión, la niñera cuyo nombre era Susana Nipper, asió de la mano á Florencia y la sacó de entre los brazos de la nodriza, ¡como quien saca un diente! Sin embargo, no había en este ademán un deliberado propósito de causar violencia, sino simplemente de ejercer la funciones oficiales de que estaba investida.

— Estaba contenta de haber vuelto á casa; — dijo la nodriza sonriendo bondadosamente á Florencia, — y de seguro que esta noche se alegrará mucho de ver á papá.

— Ya, ya, señora Richards; — exclamó mis Nipper. — ¿Ver á su papá? No lo crea usted. ¡No faltaba otra cosa!

— ¿Por qué no? — preguntó algo sorprendida el ama.

— Pues, porque no, señora. Su papá tiene otras muchas cosas que hacer, más importantes, y no se ocupa en mimar á la pequeña. En esta casa, señora Richards, las hijas no se cuentan para nada.

La niña miró alternativamente á la niñera y á la nodriza, como si hubiera comprendido y sentido el alcance de aquellas palabras.

— ¡Me sorprende usted! — dijo el ama. — ¿No la ha vuelto á ver mister Dombey después del suceso?...

— No, señora; — repuso miss Nipper; — ni una sola vez. Y si no me engaño, antes del acontecimiento ya habían pasado meses y meses sin haberla visto. Casi se puede asegurar que si su padre se la hubiera encontrado en la calle no la habría conocido; ni si se la encuentra hoy la conoce. — Á mí se me figura — continuó la niñera sonriendo con cierta sorna — ¡que ni aún está muy seguro de su existencia!

— ¡Pobrecita! — exclamó el ama dirigiéndose, no á la niñera, sino á Florencia.

— ¡Oh! no sigamos esta conversación porque no está lejos de nosotras cierto Coco, yo me entiendo; por supuesto, sin agravio para los presentes. ¡Ea! buenos días, señora Richards; señorita Florencia, eche usted á andar conmigo y sea usted buena, si no quiere usted que la castigue.

Á pesar de estas advertencias y de que Susana tiraba del brazo derecho como si tratara de arrancárselo, la niña se escapó y corrió hacia su nueva amiga, abrazándola y besándola tiernamente.

29083

— Adiós — dijo la niña. — Adiós; ya volveré á verla. Susana me dejará ¿ verdad? Y usted también vendrá á verme.

La niñera malgenio pertenecía, por lo visto, al número de las personas que entienden tratar á las criaturas como á las monedas, sacudiéndolas bien y duro para que estén bien relucientes; pero, en el fondo, era buena y si se la sabía tratar con dulzura y cariño, como acababa de hacer Florencia, se sobrepnían en ella los buenos sentimientos. Se cruzó, por consiguiente, de brazos, y suavizando la expresión de su mirada, naturalmente dura, dijo:

— No está bien, señorita, que me pida usted eso: bien sabe usted que yo no acierto á negarle nada; pero la señora Richards y yo veremos si se puede hacer lo que usted desea: si la señora Richards quiere, por mí estoy dispuesta á ir aunque sea hasta la China; pero una cosa es querer ir á China y otra el poder salir de Londres. ¿ Comprende usted?

El ama hizo señal de asentimiento.

— Ya de por sí no es esta casa alegre, que digamos: de modo que si todavía, tenemos que aislarnos más... Si encima de esto nos sale una Tox y una Chick para acabarnos de fastidiar...

El ama halló esta observación perfectamente justa.

— De modo, — prosiguió Susana, — que lo mejor será que nos entendamos para vivir en buena inteligencia mientras siga usted encargada del señorito Pablo y si es que podemos hacerlo sin contravenir á las órdenes... Pero, ¡ Dios Santo! señorita Florencia, ¿ todavía está usted así? ¿ Y las cosas que hemos traído? Vamos allá en seguida.

Diciendo estas palabras, Susana tornó á sus im-

pulsos de autoridad y, empujando á la niña, salieron ambas de la habitación.

En medio del abandono en que se hallaba aquella pobre criatura, ni se quejaba ni se alteraba en su dulce carácter: era capaz de gran cariño y no sabía en quien depositarlo; sentía profundos pesares, de que ya se daba cuenta su inteligencia, y todos parecían extraños á este sentimiento: solamente el corazón del ama participaba de estas penas.

Los escasos momentos que aquella linda criatura había pasado al lado de la nodriza de Pablo habían bastado para que esta pobre mujer comprendiese con su corazón maternal los sufrimientos de la niña: de modo, que desde aquel instante, ambas se comprendieron y fueron confidentes.

No obstante la grande confianza que mister Toodle tenía en su mujer en lo tocante á sus condiciones de inteligencia, era lo cierto que no había gran diferencia entre ellos, y que si aquella era superior á su marido, ésta predominaría en muy poca cosa. Sin embargo, era un ejemplo más de la superioridad que las mujeres tienen sobre los hombres en punto á bondad, sinceridad, elevación, nobleza, ardimiento en la sensibilidad, firmeza en la constancia y ternura en la compasión. Acaso esta mujer no le hubiera sido capaz de instruir á mister Dombey, desde aquel mismo día, en un punto que de este modo no le hubiera sorprendido y herido luego como un rayo.

Pero está esto lejos de nuestro propósito. En el actual momento no pensaba el ama sino en conseguir las simpatías de miss Nipper y procurarse la manera de tener cerca de sí á Florencia, legalmente, sin rebelión alguna. La ocasión vino á favorecerla aquella misma noche.

La habían llamado, como de costumbre, para que pasease por la sala galería, y en este paseo se encontraba, con el niño en brazos, cuando de pronto vió venir á mister Dombey derechamente, hasta que se paró delante de ella.

— Buenas tardes, Richards.

Era el mismo ceremonioso y grave caballero, tal como lo había visto el primer día. Su mirada le pareció tan dura á la nodriza que ésta bajó los ojos por no verle la cara.

— ¿Cómo está el señorito Pablo?

— Perfectamente, señor; muy bien.

— Así me lo parece; — añadió mister Dombey examinando con el mayor interés aquella carita que al efecto había descubierto la nodriza y aunque sin que por esto descendiera de su altivez hasta acariciarle. — Supongo que estará usted servida en cuanto necesita.

— Sí, señor; muchas gracias.

No obstante la afirmación de esta respuesta, había una vacilación bastante clara en el acento con que estaba hecha: de modo que no pudo menos de notarlo mister Dombey. Ya se iba éste, pero al ver la contestación del ama, se volvió como para preguntarla qué quería significar su respuesta. Comprendiéndolo así el ama, sin dar lugar á que mister Dombey hablara, añadió:

— Es que á mi parecer, para que los niños estén alegres y buenos, no hay cosa mejor que el hacerles ver á otros niños que juegan, junto á ellos.

Las atrevidas palabras del ama hicieron fruncir el entrecejo á mister Dombey.

— Me parece, — dijo, — que desde el primer día de su entrada en mi casa está usted enterada de que

no tiene que ver á sus hijos, sino lo menos posible. Siga usted su paseo.

Dichas estas palabras, mister Dombey volvió á entrar en sus habitaciones. La nodriza comprendió que, lejos de haber logrado su propósito, había puesto de mal humor á mister Dombey.

Al día siguiente, á la misma hora cuando, el ama bajó á la galería para su acostumbrado paseo, encontró á mister Dombey que también se estaba paseando. Temerosa de incomodarle, se detuvo en la puerta, no sabiendo si debería entrar ó volverse atrás.

Mister Dombey le hizo seña de que entrase. Y luego, bruscamente, como si continuase la conversación del día anterior, dijo:

— Si cree usted, en efecto, que ese género de compañía puede favorecer al niño... ¿dónde está la señorita Florencia?

— ¿La señorita Florencia? Nadie mejor, es muy cierto; pero su niñera me ha dicho que no está permitido...

Mister Dombey tiró del cordón de la campanilla y siguió paseándose, en espera. Se presentó un criado.

— Prevenga usted, — le dijo mister Dombey — que se permita á la señorita Florencia estar con el ama siempre que ésta quiera, que se la deje salir con ella y demás. Y que los niños estén juntos cuando lo desee la señora Richards.

Aprovechando aquella circunstancia excepcionalmente favorable y comprendiendo á pesar del miedo que la inspiraba mister Dombey, que convenía machacar en el hierro mientras estaba caliente, pidió que le enviasen de cuando en cuando á la señorita Florencia para que fuera conociendo á su hermanito.

Y en seguida hizo como si se entretuviera con el

niño, meciéndole en los brazos. El criado se retiró para transmitir las órdenes que había recibido. En aquel instante notó el ama que mister Dombey palidecía, que se le alteraba el semblante; ya se tornaba para dar contraorden, para mandar que no se hiciese lo que él había dicho, lo que había dicho el ama, tal vez ambas cosas; pero se detuvo como realmente avergonzado.

Justa era la observación del ama. La última vez que mister Dombey había visto á su abandonada hija fué en aquel abrazo con su moribunda madre. Aquel abrazo fué para mister Dombey una revelación, un reproche. Aunque absorto en la contemplación de su hijo, en el que concentraba todas sus esperanzas, no se le olvidaba aquella escena última, en la que él no había tomado parte alguna. Allí, en el fondo, veía siempre luminosas las dos figuras, tiernamente abrazadas, mientras él, mirando como un espectador, sin participar de la acción, quedaba fuera.

No pudiendo borrar de su recuerdo estos hechos ni apartar de su mente aquellas imágenes que le atormentaban y surgían en medio de su orgullo, aquello que primitivamente no fué otra cosa que una profunda indiferencia para con su hija, se había ido cambiando en un inexplicable y extraordinario estado de ánimo. Parecíale que Florencia le comprendía, le espiaba y desconfiaba de él; que había descubierto su secreto, encerrado en el fondo del pecho y cuya naturaleza él mismo apenas conocía; que había adivinado la existencia en él de una fibra que, áspera y discordante, vibraba al menor soplo.

La niña no le había sugerido nunca, desde que nació, más que estos sentimientos negativos: no es

que la niña le inspirase verdaderamente aversión; no valía la pena de invertir en esto ni tiempo ni atenciones. No era la niña un objeto desagradable, que alteraba su tranquilidad. Á poderse desasir de aquellos pensamientos, lo hubiera hecho. Acaso — mas, ¡quién es capaz de descubrir estos misterios! — tenía miedo de llegar á aborrecerla un día.

Cuando la pequeña Florencia, tímidamente se presentó en la puerta, mister Dombey se detuvo para mirarla. Si la hubiera mirado con mayor interés, con ojos de padre, habría percibido en ella el vehemente deseo de precipitarse á él, de echarse en sus brazos y con apasionada voz decirle: — ¡Oh, padre, padre mío, quíereme, ya no tengo á nadie más que á ti! — El temor de ser rechazada, el miedo á incurrir en el desagrado de su padre y ofenderle, la contuvo. Triste necesidad era la suya de ser sostenida y animada: grande el deseo de confiar á alguien la pena que afligía su corazón y de comunicar sus pesares y afectos.

Pero su padre no vió nada de esto: no vió sino que la niña se quedaba á la puerta sin atreverse á entrar y mirándole: no vió nada más que esto.

— Entre; — dijo, — entre ¿qué es lo que puede causar temor á esta niña?

La niña entró, y después de mirar en derredor un instante con cierta timidez, se quedó parada cogida una mano con otra y apretándolas fuertemente.

— ¡Venga aquí! Florencia; — dijo su padre fríamente. — Supongo que me conoces, ¡eh!

— Si, papá.

— ¿No tienes nada qué decirme?

La niña contempló la cara de su padre y la expresión severa de éste contuvo las lágrimas que ya



salían á los ojos de aquella criatura; bajó la vista y sin decir una palabra, tendió la mano temblorosa.

Mister Dombey cogió la mano con la mayor indiferencia y por un momento miró á la niña con casi tanta confusión como ella.

— ¡Vamos! sé buena — dijo dándole una palmadita en la cara y mirándola con alguna turbación é inquietud. — Váyase con el ama, váyase.

La pequeña se quedó nuevamente indecisa, como si quisiera echarse al cuello de su padre: tal vez esperaba que éste la levantara en brazos. Volvió á mirarle: mister Dombey sorprendió esa mirada y vió en ella la misma expresión que había tenido al volverse á mirar al doctor — la fatal noche — é instintivamente soltó la mano y se apartó.

No era difícil advertir que Florencia se turbaba muchísimo en presencia de su padre. No sólo le faltaban palabras, mas también perdía la gracia natural y la libertad de sus maneras. Bien lo notaba el ama, pero no se desanimaba por esto, su buen corazón la inducía á perseverar en sus propósitos y juzgando de mister Dombey por su propio sentir confiaba en que el luto de la pobre Florencia hablaría por ella. — Es verdaderamente difícil — pensaba el ama; — que mister Dombey se encariñe con uno solo de estos dos huerfanitos cuando tiene el otro á la vista, y, por añadidura, es una niña.

Así pues, arreglóse para que estuviera Florencia á la vista de su padre lo más posible y además para que el pequeñuelo Pablo apareciese más contento de estar junto á su hermana, cuando llegó el momento de subir á su cuarto quiso el ama que fuese Florencia á la habitación donde estaba su padre para decirle buenas noches; pero la niña no se atrevía á entrar

y no quería. Insistió el ama, y entonces, escondiendo su carita entre las manos, contestó medio sollozando la niña:

— ¡No, no! él no me llama, no me llama.

Esta pequeña discusión llegó confusa á oídos de mister Dombey, que estaba tomando una copa de Jerez.

— ¿Qué es eso? — preguntó sin moverse de la mesa.

— Es la señorita Florencia que no se atreve á dar las buenas noches al señor, por no molestarle; — dijo el ama.

— Está bien — añadió mister Dombey. — Puede usted dejarla que entre y salga sin preocuparse para nada de mí.

La niña al oír estas palabras retrocedió y desapareció antes de que su humilde protectora se enterase.

Y sin embargo, la bondadosa nodriza iba triunfando, estaba satisfecha del éxito logrado por su estratagema: así fué en busca de la joven Susana y encerrándose con ella en su cuarto le dió noticia detallada de lo hecho. Miss Nipper oyó la confidencia, agradeciendo mucho aquella confianza, pero sin salir por esto de su acostumbrada frialdad, sin darse á manifestaciones de regocijo.

— Yo creí que iba usted á alegrarse mucho; — observó el ama.

— Ya se ve que me alegro; — contestó la joven malgenio, irguiéndose como si de pronto hubiese resultado el corsé con una ballena de añadidura en el estómago.

— Pues no se le conoce gran cosa; — repuso la nodriza.

— ¡Qué quiere usted! — añadió la niñera — yo soy

un aya, permanente, y no me puedo regocijar como una temporera. Las temporeras aquí se lo llevan todo por delante, ya lo veo ; pero por excelente que sea la pared que separa esta casa de la inmediata, no quiere decir que haya de andar por lo alto, yo ¿ comprende usted, señora Richards ?

## CAPÍTULO IV

POR EL CUAL APARECEN ALGUNOS NUEVOS PERSONAJES  
EN EL TEATRO DE ESTAS AVENTURAS

Aunque las oficinas de la casa Dombey é hijo estaban situadas en el corazón de la City (1) en medio de Bow Bells, cuyo clamoreo, sin embargo, resultaba cubierto muchas veces por el estrépito de las calles, á pesar de esto, aún podían hallarse señales de aventuras novelescas en algunos lugares de aquellas cercanías. Gog y Magog residían á diez minutos de distancia : la Bolsa estaba allí, inmediata : el Banco de Inglaterra, con sus bóvedas llenas de oro y plata, abiertas « en el suelo, entre los hombres muertos » se contaba entre los magníficos vecinos. En la esquina de la calle se encontraba la Compañía de Indias Orientales, con su exhibición maravillosa de telas y pedrería, tigres y elefantes, pipas y sombrillas, palmeras, palanquines y personajes principescos sentados con las piernas cruzadas y con zapatillas puntiagudas encima de riquísimos tapices. Por las inmediaciones se presentaban á la vista las muestras

(1) La City, parte central de Londres, la ciudad antigua que aún hoy tiene personalidad administrativa municipal propia.  
(N. del T.)